

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 11 ENERO 1896. NÚM. 2.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 16.—Correspondientes, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

DE EL CAPITOLIO A LA ROCA TARPEYA

¿Por qué pongo ese título cursi? Por lo siguiente: Hallábame el viernes 3 del actual leyendo por segunda vez (los grandes hombres tenemos también debilidades) un artículo de *La Época* en que...

Pero allá va; no resisto á la tentación de copiarlo; así me elogiaré por tabla y facilitaré á mis lectores la perfecta inteligencia de lo que vendrá después. El artículo decía así:

José Nakens.

¿Que si le conozco? ¡Ya lo creo que le conozco! ¡En mi eterna manía de no conocer á ningún hombre vulgar, ni aun á mí (que soy la única persona vulgar de cuyo trato no puedo prescindir), tengo que conocer personas que se salen del tipo común.

¡Admiráos, oh jóvenes amables! Apesar de lo distantes que siempre hemos estado en política, no solamente le conozco, sino que le estimo, y bajo puntos de vista bien diferentes: como prosista, como poeta, como carácter inflexible y duro para los demás, y más que para nadie para sí mismo.

Le admiro por muchos conceptos, menos por uno: por buen mozo; lo que es como buen mozo, no lo es.

Cuando hace muchos años, más de veinte, le veíamos entrar en el Suizo, sin corbata y mal vestido, y cuando le admirábamos, no sólo por el cáustico poder y por la entereza de su talento, sino por su altivez incomparable, que hacía que ninguno de nosotros, y eso que le queríamos mucho, se atreviera ni á convidarle á nada ni á hacerle ofrecimiento alguno, en aquellas ocasiones en faltaba entre nosotros quien dijera: «el cederá; las necesidades de la vida le harán doblegar como á tantos otros.»

Yo jamás lo creí. Al contrario: en la terquedad con que mantenía sus opiniones, en la dureza de sus juicios, prometía que había de ser lo que ha sido, lo que no se ve todos los días: un carácter.

Tan recio, tan inflexible, que en la colección de sus escritos se pueden ver las impresiones que en una inteligencia republicana, pero recta, extraviada sin duda, pero llena de pasión, han producido los errores (por no decir otra cosa) que han acumulado durante veinte años los que fueron sus ídolos.

Nakens, antes de la República la defendió desinteresadamente, como el primero: en los primeros años de la Restauración, pocos habrán combatido la Monarquía de manera más fogosa, y pocos habrán sufrido por ello más disgustos y más contrariedades.

Hoy no es monárquico, ni por desgracia de él y de los monárquicos lo será jamás; pero combate á los que le llevaron al callejón sin salida de un republicanismo bizantino. No los combate, no; les dice sencillamente la verdad, y esa verdad, dicha serena y francamente, es la más grave de las ofensas que se les puede hacer á esos señores.

Ha abordado el teatro, y en dos ó tres ocasiones ha conseguido hacerse aplaudir, sobre todo por lo hermoso; por lo patriótico de los asuntos que ha escogido y por lo entonado de su versificación.

Un detalle: le falta un pedazo del labio inferior. Yo creo que es que alguna vez ha considerado justo castigarse mordidoselo y... ¡se lo ha mordido!

Tiene un defecto grave, el orgullo; pero ¿acaso no puede tenerlo quien, como él, solo, luchando con todo y contra todos, y no transigiendo jamás con su conciencia, ha llegado, á fuerza de puños, á conquistar la notoriedad que nadie le puede negar en justicia?

EL OTRO.

El autor del artículo me conocía. Lo de la falta de corbata, lo de la mala vestimenta (decoración que decía yo entonces,) lo de la altivez... No me cabía duda: era un amigo antiguo. Pero esto no me impedía saborear el elogio. ¡Siempre debilidades!

¡El Otro! ¿Quién sería *El Otro*? Repasaba la lista de los amigos que hace veinte años nos reuníamos en el Suizo, y, nada, no daba con él. Pensaba en uno, pero siempre acababa diciendo: no, no es éste: es *El Otro*.

Una sola frase me desagradaba del artículo; esta: «Hoy no es monárquico, ni por desgracia de él y de los monárquicos lo será jamás.» ¿Por qué decía esto? ¿Acaso puede haber fortuna mayor que la de consagrar la vida á la causa del pueblo, pertenecer á un partido donde la abnegación es la virtud de todas las horas y el sacrificio el deber de todos los días? ¿Qué recompensa mayor que...?

«¡El juzgado!» oigo decir, y el soliloquio quedó cortado súbitamente.

Alzo la cabeza y veo adelantarse cinco hombres con andar pausado y rostros graves. ¿A qué venían? ¿Habrían denunciado *EL MOTÍN*? Pronto me convencí de que no. Venían á embargar, á instancias del almacenista de papel D. Fernando Romillo, al director y propietario, que, según su leal saber y entender, era yo...

¿Se comprende ahora por qué puse á estos renglones el título cursi *De el Capitolio á la roca Tarpeya*?

Un señor de los cinco desenvainó un legajo, y me enteró de que el embargo era preventivo; el almacenista había visto anunciados con grandes rebajas los libros que administro, y temió no cobrar, santo temor que todos sentimos, y que en muchas ocasiones ¡ay! se confirma. Hice las protestas debidas y el embargo comenzó.

El acto no es simpático; lo confieso desapasionadamente, y admito discusión con el que opine lo contrario. He debido cometer en él varias torpezas, por la misma razón que las cometió aquel condenado á muerte que suplicaba al verdugo que se las perdonase, por ser aquella la vez primera que lo ahorcaban.

A los dos días de contar libros y papeles, se trasladaron los cinco señores supradichos á la puerta del almacén donde se guardan los libros que en *EL MOTÍN* se administran, precitaron la cerradura con un papelito á modo de lápida, y se retiraron.

A los dos días (los feriados no se embarga) reanudaron su tarea, y á la hora de cerrar este número siguen en ella con la tranquilidad de los justos.

¿Que por qué divulgo esto que todos ocultan ó niegan cuando les ocurre? Por mi inveterada costumbre de pensar alto para mis lectores, y porque me da pretexto para decir algo que callaba.

Pero no anticipemos los sucesos.

Mientras embargaban los libros el primer día, yo, mirando sin ver y escuchando sin oír, evocaba recuerdos de años pasados, y me decía con cierta sorna: «Toma independencia, Pepito, y habla con sinceridad, y combate lo que no te parezca bien; empéñate en que los republicanos se unan para que la monarquía acabe; fustiga los ídolos y los idólatras; desprecia el clamoreo de los imbéciles; cifra todo tu orgullo en estar satisfecho de ti mismo; y cuando las bajas á *EL MOTÍN* vengan á centenares, yérguete, y, más altivo cuanto más acosado, prosigue tu camino sin dudas ni desfallecimientos; di que la República, si ha de responder á lo que el país espera de ella, ha de ser regida por los capaces, servida por los honrados y defendida por los leales; truena contra la farsa en todos los terrenos; que al final de todo esto te encontrarás un alguacil, un escribano y un procurador.

«Demanda todas tus alegrías al trabajo; envanécete de una consecuencia á prueba de tentaciones; no consideres el dinero sino como un medio para quedar siempre bien y no hagas por adquirirlo nada que no puedas explicar; aisláte para evadir compromisos, y resta amigos por combatir deficiencias políticas; que al término de todo te acecha un acreedor que saca al juzgado de su casa para traerlo á la tuya.

«Procura á toda costa conservar tu dignidad política, aun dudando, como en esta ocasión, de si siempre es compatible con la personal; combate á todos en terreno franco, para verte obligado á defenderte de las argucias de un curial que tiene al dedillo las triquiñuelas de la ley; no toleres que nadie dude de la rectitud de tus intenciones, y soporta que un procurador las discuta ante unos pliegos de papel sellado; cree que la verdadera moral está muy alta para que

le alcancen ciertas impurezas, y desciende de esa altura para debatir una miserable cuestión de ochavos.

«¿Y te juzgas hombre práctico, porque cuatro majaderos te lo dicen? ¡Quita allá tú, cien veces majadero! Lo práctico es precisamente lo contrario de lo que haces. Mientras otros republicanos utilizan su nombre ó su posición para buscar provechos, tú, empedernido imbécil, llevas tu ridícula intransigencia hasta privarte de escribir artículos literarios en periódicos monárquicos. ¡Temerás sin duda que se produzca, si lo haces, una conflagración europea ó que en China ó el Japón te execren! Te confieso que me haces reír, Pepito.

«Imita á los que, como dijo no recuerdo quién, acoplan á Cristo con Robespierre, y á los que aseguran su porvenir en los cargos gratuitos de elección popular, en vez de dedicarte á lanzar rayos desde el Sinaí de tu tontería contra los que, atentos á la realidad, complacen á la serpiente tentadora que les habla enroscada al árbol prohibido; á esos que siguen al pie de la letra ésta máxima yankee: «Haz dinero; honradamente, si puedes; y, si no... hazlo.»

Todo esto me decía con cierta sorna, como queriendo hacerme superior á la situación, pero la situación se me imponía. A pesar de mis teorías semi-literarias, semi-románticas, no dejaba de comprender que, después de lo ocurrido, el crédito se perderá del todo; que aumentarán las dificultades para la vida de *EL MOTÍN*; que se duplicarán el trabajo y las inquietudes; que habrá más censores y menos amigos; que la lucha será más ruda, las horas más largas y los plazos más cortos... Pero ¿me he de amilánar por eso? No. Amilánese en casos tales el apreciable tendero cuyas únicas relaciones con la honradez consisten, como decía Teófilo Gautier, en pagar las letras á su vencimiento, sin cuidarse (añado yo) de la forma en que adquiere el dinero para verificarlo. Pero yo ¿por qué? ¿Pueden acaso detener á un hombre que sirve para algo, y que trabaja, unas resmas de papel interpuestas en su camino?

Al hablar así, trato de dar á entender que no me molestan estas contrariedades. De ningún modo; me molestan, y mucho; pero como al propio tiempo me honran, gano por un lado lo que por otro pierdo.

Y me honran, porque me bastaría quererlo para que cesaran; y me honran, porque cuando se sabe que nada se ha hecho para provocarla, ciertas contrariedades elevan á los propios ojos; y me honran, por lo que regocijaron á todos los mentecatos y todos los canallejas que han hecho la guerra á *EL MOTÍN*, por inspiración propia ó por mandato ajeno; canallejas y mentecatos que no se han ido con la monarquía porque á la monarquía no le hace falta comprar basura, y que no entienden que nadie obre por móviles honrados, sencillamente porque no los sienten.

Esto era lo que tenía ganas de decir.

Y después de decirlo, y de relatar lo ocurrido, y de saber dónde encontraría el remedio ¿qué camino tomar? El que hasta ahora. ¿Qué marcha me trazaré? La que hasta aquí. ¿Qué hacer? Lo que hasta hoy. ¿Qué defender? Lo de siempre. ¿Qué gritar? ¡Viva la República!

El Otro tiene razón; ni he sido monárquico ni lo sere jamás.

Sentir sed, tener la copa á la mano, y no beber... ¡En esto fundé siempre mi orgullo!

JOSÉ NAKENS.

LOS JESUITAS

Sigue el Sr. Ceballos reventando en *El Resumen* á la jesuita Asociación de Padres de familia. ¡Y vaya si son fuertes los palos que le da!

El artículo en que juzga á la Asociación en sus relaciones con la prensa, es de oro. En él se descubre que se fundó la Sociedad casi con el exclusivo objeto de aniquilar periódicos, ya prohibiendo su venta en las estaciones donde el jesuita Comillas tiene influencia, ya privándoles de los anuncios de la Compañía Transatlántica, Compañía general de Tabacos filipinos y Banco hispano colonial, ya denunciándolos para que no llegasen á provincias, les recogiesen las ediciones, y muriesen por no poder resistir tantas pérdidas. En sólo dos años presentó la Sociedad de jesuitas 150 denuncias en Madrid, recogiendo más de 200.000 ejemplares de distintos periódicos.

Llegaron á tal punto en su ensañamiento, que tra-



¿Cuándo se verá llena?

taron de hablar á los Administradores de Correos de ciertas poblaciones y ambulancias para que sustrajeran los ejemplares de determinados periódicos, con el canallésco objeto de que los suscriptores, al no recibir los números, se cansasen y se dieran de baja.

También trataron los jesuitas de adquirir los créditos que ciertos periódicos tuviesen, bien en los almácones de papel, bien en otros puntos, para presentárselos cuando supiesen que no podían satisfacerlos, y crearles así dificultades.

Habla también el Sr. Ceballos de las influencias que los jesuitas hacían llegar á los ministros, gobernadores y Presidente del Supremo, para que les ayudasen en su miserable y cobarda tarea, y las artimañas de que se valían para que varios eminentes desconocidos otorgasen poder á favor de un tal Voces, procurador de los Padres, con el fin de que persiguiera ante los tribunales á éste ó aquel periódico.

El último artículo publicado por el Sr. Ceballos pone de manifiesto, con documentos fehacientes, la red que tienen tendida los hijos de Loyola para conseguir sus siniestros fines. Por ser de gran importancia, lo publicamos íntegro en este número.

Es verdaderamente escandaloso que se juegue así con la propiedad y la fortuna de los individuos; pero lo es más aún que todo el que se llame liberal, sólo en éste ó aquél grado, no proteste contra los manejos de los jesuitas y de sus hechuras, que no los combata sin tregua y por todos los medios, y que en este asunto de tan vital interés la mayoría de la prensa calle.

Hemos llegado los liberales á tal grado de envilecimiento ó cobardía, que vamos perdiendo hasta el instinto de conservación. De no ser así, las revelaciones del Sr. Ceballos, hechas con tanta valentía como autoridad, hubieran levantado gran polvareda.

¿Si mereceremos que venga don Carlos con una cohorte de inquisidores á avivar el espíritu liberal con el olor de la carne quemada? ¿Y que no les daría gusto á los beatos el ver un acto de fe en que pudieran preguntar los que no los conociesen: ¿Quién es Bosch? ¿Quién el marqués del Busto? ¿Quién el padre Sanz? ¿Quién Comillas?

UN JESUITA DE LEVITA CORTA

La sociedad, torpe é injusta, le abre todas las puertas, lo empuja á las más altas posiciones, le llena sus arcas de oro, le adula y le ensoberbece.

La Naturaleza, sabia y justa, le negó una compleción fuerte, un cuerpo robusto. Sus orejas tienen una transparencia que asusta; su nariz aguileña, acabada en punta como pico de ave de rapina, espanta. El más débil de nuestros obreros despreciaría sus enclenques piernas y sus escualidos brazos, inútiles para la hermosa lucha de la vida. Tiene las mejillas pálidas, los ojos hundidos, los labios grieteados é incoloros, las manos huesosas, la frente formando con las cejas un ángulo brutalmente agudo. Es un degenerado que, por divina ley inexorable, debe desaparecer.

Mirado por detrás, evoca la idea del piticoide de Darwin. Visto por delante, parece una urraca de plumaje negro. De perfil semeja un ave egipcia, que encumbrada en las ruinas de la esfinge, ve tranquila desbordarse el Nilo, sorda, indiferente, como si los dolores de la Humanidad no hubieran de llegar hasta ella, dios de una civilización muerta.

Vive gracias á Brown-Sequard, que le inyecta jugos vitales; tiene apetito porque Blancard le surte de píldoras de hierro y Jósforo; digiere porque Scott le atosiga con aceite de higado de bacalao...

Es el hombre máquina por excelencia... Funciona su cuerpo por la virtud de maravillosos específicos, y se cree que tiene alma, porque así lo fingien hábiles Secretarios. Uno, comerciante de los que no han oído hablar nunca de conciencia, le entrega las minutas del interés compuesto con que ha de pagarle el empobrecido Estado. Otro, explotador de artificiosa moral sacristanesca, le señala los tugurios donde hay mujeres que de hambre se prostituyen. Otro, foliulario que fué á la Universidad menesteroso de aprender las trampas de las leyes, le muestra cómo se mata á los periódicos que defienden la libertad, que enseñan al pueblo sus deberes y cooperan al perfeccionamiento de su inteligencia. El último Secretario, en fin, asqueroso policía, delata á los literatos y periodistas que, vencidos por el hambre, venden sus rípios por un mezquino sueldo y un andrajoso gabán de pieles.

Y él, ilustre inconsciente, cobra al Estado y persigue ante la ley á las mujeres sin amparo que tienen hambre de pan, y á los hombres honrados que tienen sed de justicia.

No le veréis emplear su inmenso poderío en exterminar á los usureros que beben sangre de necesitados al 60 por 100, ni á los caciques que arrebatan al pueblo sus derechos políticos, ni á los Ministros que prevarican.

Esta sería moral humana, y su moral es de otro orden: de la orden de Loyola.

Su caridad es inagotable. La delación odiosa, la abjuración falsa, la virtud fingida, la cobardía que se viste de andrajos y reza, la petición humillante, el anulamiento del libre albedrío... Todas estas virtudes son recompensadas espléndidamente por este potentado.

Como el rey Hechizado, tiene miedo á la muerte insobornable y se entrega á discreción á los que medran en el oficio de dar hisopazos al demonio para que abandone los cuerpos que posee.

Cuando su estómago le atormenta, cree que Satanás ó Luzbel hacen correrías por su cuerpo. ¡Falso, aunque el padre Sanz lo diga! El demonio no penetra en abismos tan amedrentadores en cuyo fondo la corrupción hierve y se multiplica para lanzarse fuera, intentando mancharnos á todos.

(El País)

EN DEFENSA PROPIA MI VINDICACION

VII

La Asociación de Padres de familia, los jesuitas y la cátedra.—El caso del Sr. Arenas.—Influencias puestas en juego para resolverlo.—Dos testimonios del Sr. Cánovas del Castillo.—Carta dirigida á los diputados y senadores granadinos.—El claustro de Granada en poder de los jesuitas.—Fraguas y Odón de Buen.

Todo cuanto pudiera constituir una manifestación del pensamiento que no se amoldara á las especialísimas miras de la Compañía de Jesús, había de ser necesariamente objeto de las iras y persecuciones de la Asociación de Padres de familia contra la inmoralidad. Ya lo he demostrado en artículos anteriores, respecto á la prensa, y hoy voy á hacerlo en cuanto á la cátedra.

El primer caso que se presentó de esta naturaleza fué el del Sr. Arenas, catedrático de Historia en el Instituto de Granada y autor de una obra de texto que mereció la condenación del Arzobispo de la diócesis, y á quien los odios y los procedimientos jesuiticos, estoy seguro, llevaron más allá de donde el mismo interesado quiso.

Parece que el Sr. Arenas tenía la buena costumbre, que ojalá significaran muchos profesores, de suspender á todos los alumnos de los colegios de los Loyolas que no demostraban la suficiencia bastante en los exámenes: es decir, parece que el Sr. Arenas tenía el defecto de ser justo, y por esta razón, tan pronto como el Arzobispo de Granada condenó su obra, encontraron los jesuitas la ocasión más apropiada para demostrarle que con ellos no rezan ciertos deberes, y por lo tanto de hacerle pagar el horrible pecado de su rectitud.

Para conseguir esto, fundaron en Granada una especie de Asociación de Padres de familia, á cuyo frente colocaron al Excmo. Sr. D. Juan Creus, el cual, por primera providencia, presentó denuncia contra las explicaciones de Arenas al rector de la Universidad de Granada, quien la remitió en consulta al Consejo de Instrucción pública.

Para remover cielos y tierra contra Arenas en Madrid, vino entonces á la corte el Sr. Creus, poniéndose en relación con el marqués de Comillas y el P. Sanz; y así, entre unos y otros cogieron todos los hilos de la trama, comenzándose á buscar valiosas recomendaciones que colocaran al Sr. Arenas en el caso de perder su cátedra, aun sin formación de expediente, y por el solo hecho de la condenación de su obra. La primera persona á quien se dirigieron fué al señor Palau, como puede verse en la siguiente carta:

«Excmo. Sr. Presidente de la Asociación Central de Padres de familia.

Muy señor mío: En ausencia del Excmo. Sr. D. Juan Creus y Manes, presidente de esta Asociación, que se encuentra hoy en esa, «Motel de Madrid», le envío los libros de Arenas que se sirvió pedirle ayer. Se ha escrito al Sr. D. Eduardo Palau, Consejero de Instrucción pública, por estos padres católicos, interesándole vivamente en la rápida y favorable resolución del expediente incoado al catedrático Arenas. Nos dicen que dicho Sr. Palau tiene suma influencia y valía entre sus compañeros, y daría un resultado muy lisonjero hallar una poderosa recomendación para con él. Por carta del señor ministro de Fomento, de 23 del corriente, se sabe que el expediente pasó ya al Consejo de Instrucción pública.

De usted con la más distinguida consideración, afectísimo, s. s. q. s. m. b. Por el secretario de la A. de los P. de F., Ricardo Garnier.

Granada 30 Diciembre 93.

También se dirigieron los Padres de familia de Granada y Madrid al Sr. Cánovas del Castillo, pidiéndole que recomendara eficazmente al Consejo de Instrucción pública la cuestión de Arenas, obteniendo

del jefe de los conservadores las contestaciones siguientes:

«El diputado á Cortes por Cieza.—Sr. D. Ricardo Garnier.—Granada.—Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: al contestar la atenta carta que usted se ha servido dirigirme con fecha 21 del actual, relativa á la conducta científica que observa en ese Instituto el catedrático D. Anselmo Arenas, tengo el gusto de manifestarle que, por mi parte, haré cuanto pueda á favor de la justísima pretensión de usted. Con tal motivo se ofrece de usted afecmo. y atento seguro servidor que besa su mano.—Antonio Cánovas.—27 de Diciembre de 1893.»

«El diputado á Cortes por Cieza.—Excelentísimos señores marqués de Comillas, marqués del Busto y D. Salvador Torres Aguilar.—Muy señores míos y de mi más distinguida consideración: Tengo el gusto de manifestar á ustedes, al contestar su atenta carta, que ya he recomendado eficazmente el asunto de que me hablan en dicha carta á los Sres. Silvela y Rada y Delgado y me alegraré en extremo de que puedan ser complacidos. Con este motivo se reitera de ustedes muy afecmo. y atento s. s. q. s. m. b., Antonio Cánovas.—Enero, 3, 94.

Por último, como si esto no fuera bastante, se hicieron repetidas visitas al Sr. Cárdenas, ponente que era del asunto, se remitieron extensos comunicados á la prensa amiga para hacer atmósfera, y se pasó la siguiente carta á todos los diputados y senadores por la provincia de Granada:

«Excmo. señor Obispo de Málaga, señores D. Juan Facundo Riaño, conde de Agrela, Felipe Sánchez Román, Luis Villanova de la Cuadra, Nicasio Montes Sierra, marqués de Villamanrique, Ramón Rodríguez Correa, duque de Abrantes, José Martínez de Roda, Alberto Aguilera y Antonio López Muñoz.

Muy distinguidos señores nuestros: Tenemos el honor de dirigirnos á usted como diputado á Cortes ó senador de esta provincia, incluyéndole nota del vital asunto de que se trata. Sobre él, los Padres de familia de esta ciudad han dirigido exposición á este ministro de Fomento, que habrá tenido ocasión de conocer por la prensa. Como consecuencia de la enérgica y decidida actitud en que nos hallamos para no tolerar que catedráticos tan sectarios como Arenas se escuden con sus cátedras para prostituir el corazón y el alma de nuestros hijos con doctrinas antipatrióticas y antireligiosas, se ha conseguido formarle expediente, que hoy está pendiente de informe en el Consejo de Instrucción pública. Los Sres. Cánovas del Castillo, Serriñá, y otras valiosas entidades, bien así como el señor Nuncio Apostólico en Madrid, nos prestan su más decidido apoyo en nuestra justísima pretensión; y nosotros, dando á usted en esta gestión el lugar á que tiene derecho por la investidura que posee, confiamos sabrá comprender cuánto ella le obliga á ser defensor de los derechos que, como Padres, reclamamos con entera fuerza legal de los Poderes públicos.—De V. afectísimos.—La Comisión gestora.—Ricardo Garnier.—Luis Morell y Terry.—Abelardo González Olid.»

Con todas estas influencias y recomendaciones puestas en juego, ocurrió lo que era lógico que ocurriera: que el Consejo de Instrucción pública suspendiese al Sr. Arenas en su cátedra y ordenase al Rector de la Universidad de Granada la formación del expediente cuya tramitación ya tenían arreglada los Padres de familia á su antojo, como puede comprobarse por la carta que á continuación inserto:

«Sr. D. Carlos G. de Ceballos.—Muy señor mío: Se ha conseguido que se quede en su casa un miembro del Consejo Universitario, dejándonos con un voto de mayoría: se ha trabajado bien el ánimo de dos decanos, uno de los cuales es... algo débil, y el otro un poco más débil que el anterior. Está hoy muy bien preparado el terreno. Arenas ahora se defiende y se mueve. El Rector está bien. El Nuncio me escribe con fecha 10 del corriente. Ayer mismo hablé de nuevo al señor ministro de Fomento, quien me aseguró que tan pronto como esté concluido y reciba el expediente hará cuanto pueda para apoyarnos. De usted obligado afecmo. s. s. q. b. s. m.—Ricardo Garnier.»

En resumen: la campaña seguida por la Asociación contra el Sr. Arenas no tiene calificativo: un hombre acosado por poderosas influencias, luchando solo contra todas ellas para defenderse y defender á la vez su porvenir y el de su familia, constituye un espectáculo de miserias y pequeñeces por una parte, y de valor y serenidad intachables por otra. Había que apoderarse de la cátedra, era preciso sujetar las inteligencias todas al férreo yugo de la omnipotencia jesuitica, y, para conseguirlo, el camino mejor consistía en ir sentando precedentes, en ir despojando á algunos de sus cátedras, para luego, más tarde, solicitar, en virtud de hechos consumados, la separación de todo profesor que no pensara á gusto de los Padres de familia. De esta manera se obligó también al señor Fraguas á salir del Instituto de Salamanca, y seguro estoy de que la separación de Odón de Buen no obedece á otros móviles ni á otros procedimientos que los apuntados.

¡Lo que me extraña es cómo el profesorado español aguanta una esclavitud tan vergonzosa!

CARLOS G. DE CEBALLOS.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.